

¿CÓMO VAMOS A CONTINUAR?

Wie geht es weiter?, Herder Korrespondenz, 31 (1977) 53-56

La fase del crecimiento despreocupado del bienestar material de los pueblos ha pasado a la historia. ¿Cómo se puede asegurar, entonces, el crecimiento económico necesario a fin de poder conseguir el pleno empleo para todos? ¿Qué tipo de investigación técnica y de investigación económica se debe fomentar a fin de evitar, en lo posible, la destrucción del medio ambiente y disminuir la distancia cada vez mayor entre los países "desarrollados" y los "subdesarrollados"? Los problemas son cada vez mayores, tanto por lo que se refiere al paro, como con respecto a la distribución de la riqueza o a la seguridad social, poniendo así en peligro la estabilidad de los estados democráticos. Al mismo tiempo, hay que procurar compaginar la queja creciente sobre la nivelación producida por la estructura y la beneficencia estatales, que hipotecan la independencia del individuo y su responsabilidad, con la necesidad de mantener los logros sociales que posibilitan una seguridad y una libertad mayor. A ello hay que añadir la creciente rebelión de los ciudadanos cuando se tocan sus intereses inmediatos, sobre todo cuando se trata de su angustia subliminar ante aquellos grandes riesgos tecnológicos que no pueden ser calculados ni asegurados totalmente (p.e. las centrales nucleares).

Desorientación

Detrás de estos fenómenos, se descubre una *crisis de sentido de la sociedad que se manifiesta ante todo como una crisis de sentido de la actuación política*. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué orientación debe tomar la sociedad? No se trata tanto del miedo ante lo incierto del futuro, cuanto de un malestar ante las consecuencias del desarrollo científico, técnico y económico-material. No acabamos de estar a gusto con el bienestar alcanzado.

Esto dificulta la disponibilidad a abordar cambios que proporcionen un tenor de vida más social dentro de un crecimiento económico aminorado. Los cuatro puntos siguientes explicitan este pensamiento.

1. El crecimiento del consumo y nivel de vida no ha implicado, a pesar de sus logros positivos, un aumento paralelo de libertad y felicidad personales: al contrario, crea nuevas presiones y dependencias, disminuyéndose la iniciativa personal y aumentando los costes fijos sociales. Llegamos al aislamiento en la esfera privada y al aburrimiento, que son probablemente las "enfermedades de la civilización" actualmente más extendidas.

2. Cuanto más interdependencia -científica, técnica y burocrática- existe en una sociedad, más se desarrollan los conceptos totalizadores según los que habrá que estimar y realizar la dicha humana en el futuro, tanto en el plano estatal como en el personal. La tendencia hacia el utopismo parece crecer proporcionalmente al proceso de consolidación de la sociedad y del estado y al enraizamiento del individuo dentro de los mismos. Esta tendencia se manifiesta ya como "rechazo" o huida de toda realidad social, ya como fe en el progreso técnico ilimitado del que se espera la solución de todos los problemas.

Movimiento pendular entre pragmatismo y utopía

3. Por otro lado, en los sistemas de producción muy especializados y en los que el individuo depende mucho del funcionamiento de las instituciones sociales y estatales, todas las ofertas de conceptos globales, todas las ideologías acaban cayendo en el remolino de las realidades objetivas, siendo forzados por lo que es necesario "empíricamente". Por eso vivimos en un tiempo que no se significa por la creación de grandes ideologías. Y las ideologías se han establecido -la oposición Oriente y Occidente- se han mantenido gracias a la represión estatal y contra aquellos sistemas sociales que se consideran como enemigos del propio

En realidad es propio del momento presente un movimiento pendular entre pragmatismo e innovación programática, entre concentración en lo pragmáticamente posible y la huida en la utopía. No es, por tanto, casual, que hayan aparecido movimientos como la llamada "revolución de los jóvenes" o la "nueva izquierda".

4. Cada vez se puede constatar más que las soluciones a los problemas personales se esperan del Estado, y por ello la orientación política se va sobrecargando de tareas de transmisión de sentido. Tanto conservadores como progresistas, izquierdistas como burgueses, claman a la política como instancia salvadora para llenar sus vacíos de sentido.

Habría que preguntarse, sin embargo, si no se está así ocultando una tarea que compete a los individuos, quienes no sólo pierden una parcela de su libertad al esperar del Estado, en una actitud de consumidor, la garantía de sus libertades y la satisfacción de sus demandas, sino que permiten también que no se llegue a soluciones concretas de los problemas objetivos. Pues en tiempos de recesión económica, el ciudadano no ve por qué ha de apretarse el cinturón, ya que se ha habituado a la capacidad de asistencia de las instituciones y al poder de logro de los gremios sindicales o patronales.

Hay que huir de los tabús

No cabe duda de que en unos tiempos de recesión y de estrechez en la seguridad social es muy importante reflexionar sobre los fundamentos de la convivencia en el Estado y en la Sociedad. Esto hará caer en la cuenta de que la realización del bien común en una sociedad democrática es algo más que conseguir un ligero correctivo de la diferencia en las ganancias por medio de una redistribución de los crecimientos en el producto social. Esto significa, en definitiva, conseguir la igualdad en la justicia para todos 'y no sólo para los que están en mejores condiciones de defender sus intereses, y esto precisamente en una situación de escasez de recursos (entre los cuales se encuentra, p.e., el trabajo).

El reparto del "bien. trabajo no basta, con todo, para mantener la paz social. Hay que preguntarse si el derecho al trabajo ha de ser considerado de un modo individualista - como el derecho de toda persona, independientemente de su situación económica y social- o bien teniendo en cuenta su situación concreta dentro de la sociedad. Miremos, p. e., el caso de las familias con doble sueldo. El derecho individual al trabajo lleva a situaciones en las que una familia (a veces sin hijos) tiene doble fuente de ingresos, mientras que muchas se encuentran sin trabajo. En una sociedad justa, aun reconociendo

el derecho individual al trabajo, debe tener preferencia el dar a todos medios de vida. Pero esto sólo es posible sobre la base de que la sociedad renuncie a determinados modelos de funcionamiento. Si no se ha reflexionado en este sentido ello es debido no tanto a las dificultades que su realización implica, cuanto al hecho de que el estado y los individuos se encuentran aislados frente a frente y a que los planteamientos son hechos en el plano individual. El tabú del individualismo, junto con la falta de modelos de emancipación humana, son los que impiden plantear correctamente la discusión. Este pequeño ejemplo muestra cómo problemas de política práctica están prejuizados por presupuestos ideológicos.

¿Qué puede hacer la Iglesia?

Por parte de la Iglesia y de las organizaciones cristianas se han emprendido últimamente esfuerzos expresos por lograr una participación y diálogo mayores en temas sociales y políticos. La Iglesia debería tomar postura ante las cuestiones político-sociales y estatales, tanto más cuanto que aquí -a diferencia de los debates de derecho político- no levantará tan fácilmente la sospecha de que defiende tan sólo una ética cristiana que puede ser conocida únicamente por la fe. La tarea no será fácil, sobre todo si toma postura ante problemas concretos como el mercado de trabajo, los límites del poder estatal o la política familiar. Si se queda en los principios, se le reprochará que no toca de pies en el suelo. Si baja a lo concreto, se le achacará que propone cosas que no se pueden realizar o que apoya los intereses de un grupo.

A pesar de todo, los cristianos debemos participar activamente en estos debates: el mandamiento del amor a Dios y al prójimo libera al individuo de la coacción colectiva, expresa la dignidad de la persona en su inmediatez ante Dios, y la libera del aislamiento individual al tomar en serio sus lazos sociales y políticos. Una reflexión a este nivel no sólo ayudaría a resolver los problemas que plantean las decisiones político-sociales concretas, sino que tendría, además, un efecto terapéutico en muchas crisis de sentido personales y en los conflictos provocados por la convivencia de los grupos primarios.

Tradujo y condensó: NICOLÁS POMBO LIRIA